

la misión que se les ofrecía, bajo la égida de Francia. Las escuadras coaligadas, cuyo pabellón se enarbolaría pronto en Veracruz, garantizaban que el país, libre para manifestar su opinión, externaría su voluntad sin ambages. Maximiliano no resistió á la corriente que le arrastraba y, cual si hubiese querido solemnizar más su consentimiento, escogió la noche buena—asociando de esa suerte á Dios, cuya fiesta se celebraba, con su propia resolución—para dar al venerable patriota mexicano, la seguridad formal de que, si tal era el voto de sus conciudadanos, aceptaría la corona de México.

CAPITULO II

En las Tullerías.—La solución de los problemas insolubles.—El Emperador.—La Emperatriz—M. de Morny.—México.—Revoluciones y pronunciamientos.—Santa Anna.—Alvarez.—Comonfort.—Juárez.—Miramón.—Los extranjeros en México—M. de Gabriac.—M. Dubois de Saligny.—Quejas de Francia, de Inglaterra, de España y de los Estados Unidos.—Sir Charles Wyke.—Incidente del 14 de agosto de 1861.—Pretexto para la intervención.—Se invita á los Estados Unidos para asociarse á ella.—Proposiciones del gabinete de Washington.—Convención del 31 de octubre de 1861.—Carta de Mr. Seward.

Cierta noche, en una reunión en las Tullerías, por los años de 1868 ó 1869, el Emperador, la Emperatriz y algunos de sus íntimos, jugaban á los *papelitos*. Y habiendo hecho la casualidad que á Napoleón III le tocase esta pregunta: “¿Cuál es vuestra ocupación favorita?”, se refiere que escribió debajo: “Buscar la solución de los problemas insolubles.”

Verdadera ó falsa, la anécdota es, en todo caso, muy verosímil. Toda la vida de Napoleón III puede casi resumirse en esas pocas palabras. ¿No fué él quien, con todo y ser príncipe, se afilió en su juventud á las sociedades secretas de Italia? ¿No fué él, representante de la idea napoleónica, es decir, del principio de autoridad, quien trató

dos veces de derribar el orden de cosas establecido, con tentativas que, por lo demás, él mismo condenó después y de las cuales no quiso acordarse sino para ofrecer, en 1850, un elevado puesto al funcionario del gobierno de entonces que le arrestara en Boloña?

—“No os pido sino que me sirvais como servisteis al rey Luis Felipe,” le dijo.....

¿No fué él quien, ya en el trono, trató de proteger los intereses de Francia, conteniendo el desarrollo de Rusia en el Mar Negro y en el Mediterráneo, sin querer, sin embargo, entregar ese mar á Inglaterra?

¿No fué él quien combatió al Austria para permitir la unidad italiana y quien impidió esa misma unidad, manteniendo los Estados de la Iglesia?

¿No es él aquel á quien veremos en México, emprender una expedición destinada á cerrar el camino á los Estados Unidos, sin querer, por eso, entrar en guerra con esa temible potencia?

¿No es él, por fin, quien, en los últimos años de su reinado, trata de unir el régimen imperialista con el parlamentario, abriendo por sí mismo una brecha á la ciudadela levantada por él, y desde la cual defendiera á la sociedad contra sus peores enemigos en el momento de la crisis de 1848?

El mal éxito con que terminaron casi todas sus empresas y los acontecimientos dolorosos, en medio de los cuales se hundió su trono, han dado amplio motivo á sus adversarios para atacarlo y, si es preciso, para calumniarlo. Suerte común, reservada á los que no triunfan; pero la historia

no se deja engañar por declamaciones parciales y apasionadas y ha llegado el tiempo de hablar “sin miedo y sin odio.”

Tanto más, cuanto que el carácter del Emperador es hoy día más conocido y que puede juzgarse al hombre completo y no, aisladamente, alguno ó algunos de sus actos.

Lo que dominaba en Napoleón III, fuera de su alta inteligencia y de su gran bondad, era una especie de frialdad serena y grave á la vez, que en él se mezclaba con una perseverancia vecina á las veces de la terquedad. Sus contemporáneos, habituados á contentarse con palabras, no han querido ver en ello sino una especie de fatalismo.

No me parece exacto este juicio. No habría pasado el tiempo un fatalista buscando solución, aun á aquellos problemas que son insolubles: hubiérala esperado con quietismo oriental, con razón tanto mayor, cuanto que un trono como el de Francia, supone cómoda situación para esperar sin fastidiarse.

En lugar de mostrar esa indiferencia, Napoleón III pensaba y obraba. ¿Es tal el papel de un fatalista? ¿No sería más justo ver en él un optimista, es decir, un hombre que concebía pensamientos altos y generosos y que tenía harta fé en el destino de la humanidad, para dudar nunca del éxito final? Por mi parte, mucho me inclino á creerlo.

Sin aprobar la lisonja excesiva de Edmundo About, que le dedicaba su libro *El Progreso*, como *Al autor de todos los progresos*, estoy conven-

cido de que Napoleón III no olvidó jamás esta frase escrita en su juventud: "Si seguís las ideas de vuestro tiempo, ellas os arrastran; si las combatis, os derriban; si las precedéis, os sostienen." Fué su preocupación constante, la de preceder las ideas de su siglo ¿por qué, si su siglo las tuvo malas, echarle sólo á él la culpa? Quitando algunos raros genios superiores, lo cierto es decir que el siglo influye sobre el hombre y no que el hombre influye sobre el siglo.

Pero la verdadera causa del mal éxito se encuentra en otra parte. Los designios grandes y vastos, no son accesibles sino á cierto número forzosamente restringido de espíritus; y como es imposible confiarlos á una nación entera, es necesario, para la ejecución y para el éxito de tales designios, ó poseer un poder absoluto ó inspirar una absoluta confianza.

El Comité de la Salud Pública, por medio de sus medidas implacables, obtuvo lo primero; Napoleón I, merced á su mano férrea y al ascendiente de su genio, tuvo lo primero y lo segundo; y cuando nuestros soldados entraban en Maguncia, en Milán, en Berlín ó en Viena, no encontraban pegadas en las paredes de esas ciudades tomadas por ellos, las protestas de sus propios compatriotas. Nuestros enemigos exteriores no contaban, entonces, con amigos en nuestra propia casa.

El pensamiento que guió á Napoleón III en el asunto de México, era un pensamiento grande, generoso y político; y los documentos inéditos,

que publicaremos á medida que relatemos los sucesos con los cuales se relacionan, iluminarán este punto con tal claridad, que no podría dejar de verse, sino á trueque de cerrar los ojos.

Impresionado por el desarrollo inmenso que habían adquirido los Estados Unidos desde que, con la ayuda de Francia, sacudieron el yugo de Inglaterra y conquistaron su independencia, el Emperador preveía, en los futuros destinos de esa nación, que, sin tener aún cien años de existencia, ejercía ya la supremacía sobre su continente, una amenaza y un peligro para el viejo mundo. ¿Qué sería de Europa—y hoy día puede decirse: ¿qué será de Europa?—si esta población de comerciantes, enriquecida por el trabajo, fuerte por sus riquezas, se sirve de sus navios de guerra y de su marina mercante, para dominar al viejo continente é imponerle los productos de su agricultura y de su industria?

Este problema temeroso preocupaba al Emperador.

En ese momento, una formidable crisis acababa de estallar en esa nación sin cesar creciente. El Sur se batía contra el Norte. Era para creerse en Europa. ¿No era preciso aprovechar semejante ocasión para tender la mano al partido más débil, sostenerle en la lucha y provocar de esa suerte una escisión definitiva? El instante estaba bien escogido y México serviría á la vez de pretexto para intervenir y de punto de apoyo para la combinación que habría de intentarse. Si era dable formar en esta antigua colonia españo-

la un gran imperio latino, quizás se llegaría al resultado de contener la marcha invasora de los Estados Unidos. Todas las probabilidades parecían ser favorables.

Mas, para tener éxito, precisaba hacer, sin demora, los sacrificios necesarios. ¿Lo querría el Emperador? ¿Lo podría? Porque el oficio de conquistador es difícil de suyo y si en el mundo hay algo imposible, ese algo es atacar ciudades fortificadas sin tener para ello gruesa artillería, librar cien combates sin tropas de refuerzo y de reserva, ocupar un país inmenso con unos cuantos batallones. Problema insoluble. el más insoluble de todos.

Al lado del Emperador, á quien su idea dominaba, seduciéndole por su indiscutible grandeza, la Emperatriz, obediente á móviles distintos, impulsaba también con todas sus fuerzas hacia la expedición.

A menudo recibía en las Tullerías á los mexicanos desterrados que la pintaban, en la dulce lengua de su infancia, sus tristezas y las desventuras de su patria. Miembros del partido clerical, identificaban su causa con la de la religión y del clero y referían largamente á la Emperatriz las persecuciones de que allá eran objeto los católicos.

No había sido preciso más para que su piedad y su compasión fueran seducidas por esas lamentaciones de proscritos; de esa suerte, cuando, envalentonados por esa bondadosa acogida, hicieron entrever la posibilidad de que, merced al

apoyo de Francia, se efectuase un cambio, encontraron en ella una aliada convencida y adicta. Sería glorioso—pensaba—para Francia, para la nación que obstinadamente seguía considerando como hija mayor de la Iglesia, restablecer el orden en México y poner allí las cosas en su lugar.

Insistía con el Emperador para que se lanzase lo más pronto posible á la ejecución de tan noble empresa. ¿De qué se trataba, después de todo? De derribar á una facción opresora del país. Según los desterrados, bastaría con un paseo militar. ¿Cómo rehusar tan fácil satisfacción á las solicitudes de aquellos desgraciados?

Y los consejeros, de ordinario prudentes, escépticos y avisados, que no faltaban en las Tullerías, no se oponían por esta vez á los sueños del Emperador, á los deseos de la Emperatriz. M. de Morny aprobaba la intervención. ¿Qué digo? M. de Morny impulsaba hacia la intervención.

Ya no puede dudarse que M. de Morny tenía personal interés en el asunto. Conocida es la historia de los bonos Jecker—generalmente, sólo esa historia es la que se conoce.—Ese banquero suizo que reclamaba del gobierno mexicano una suma de altísima consideración, habíase ingeniado para interesar en su reclamación al hombre de Estado que tan grande influencia ejercía entonces en la política del segundo imperio.

Pero, aun sobre este particular, es preciso poner las cosas en su verdadero punto y guardarse—so pena de engaño—de ver sólo esa pequeña parte de la verdad y de verla exagerada en

sus proporciones. La verdad no es la verdad, sino cuando se la conoce enteramente: suponer que una especulación haya sido la causa única y primera de la intervención, equivale á tanto como á juzgar en contra de los datos menos inseguros. Jamás hubiese pensado el mismo M. de Morny en emprender una remota é incierta operación militar, por sólo recojer hipotéticamente algunos millones. No: pero en cambio, es preciso reconocer que, una vez resuelta la expedición, por los motivos que detalladamente he expuesto, M. de Morny cometió el error de mezclar con ella una especulación accesoria.

Así sucede, por lo demás, frecuentemente; y no ha sido ésta la primera ni la última vez en que los pequeños intereses y los pequeños cálculos se unan á las grandes cosas. Esta cuestión de dinero vino á ponerse al lado de las otras, y perjudicó á la expedición, mucho más que la favoreció. No fué poco lo que contribuyó al fracaso, porque hizo que la expedición fuese impopular y aumentó los obstáculos con que hubo de luchar; pero no es temerario decir que, sin ella, sin la cuestión de dinero, las cosas hubiesen seguido siempre el mismo camino. La política que conducía á la intervención, había sido puesta en práctica por M. de Gabriac, nuestro ministro plenipotenciario, y M. Dubois de Saligny, á quien se nombró en su lugar, por influencias de M. de Morny, no hizo más que proseguir en la senda que le trazara su predecesor.

Mas, antes de que pasemos adelante en la re-

lación de los acontecimientos, conviene que se conozca lo que era el país que motivaba tantos proyectos en Europa: y no estará de más esbozar la historia de sus vicisitudes interiores, para mostrar cual fué el error fundamental que, desde el principio, extravió nuestra política, comprometiendo por manera irremediable las probabilidades de éxito de una expedición cuyos resultados se anunciaban de modo distinto, aun para las personas prudentes.

México es un magnífico territorio de 1.276,225 kilómetros cuadrados, que se extiende, entre las dos Américas, del Océano Atlántico al Pacífico, y al que poblaban entonces, según el censo de 1858, más de ocho millones de habitantes.

Esta población hallábase lejos de ser homogénea. Su parte mayor, de cerca de cuatro millones y medio, componíase de indios; los blancos, descendientes de europeos, figuraban en número de un millón: componían el resto, mestizos, mulatos y algunos millares de negros. El número de extranjeros ascendía en 1858 á 9,234, de los cuales eran 5,141 españoles, 2,048 franceses, 615 alemanes y 444 norteamericanos.

México, conquistado por Hernán Cortés, permaneció largo tiempo sometido á la dominación española; pero, á fines del siglo XVIII, envalentonado por el ejemplo de los Estados Unidos, comenzó á sacudir el yugo que desde hacia muchos siglos pesaba sobre él, con lo que empezó la era de las revueltas, de los pronunciamientos y de las agitaciones de todo género.

España, descendida de su pasada grandeza, viose en la precisión de reconocer la independencia de la colonia sublevada; pero el pueblo mexicano no fué más feliz por eso: siguió sufriendo bajo la férula de amos indígenas, en lugar de sufrir la de amos extranjeros.

Nacido á la libertad repentinamente y sin transición, después de largos siglos de servidumbre, México carecía de la madurez y de la prudencia necesarias para darse una constitución y aficionarse á ella. (1)

De esa suerte, los hijos del país, lanzándose á la aplicación de teorías nuevas, gastaron los cuarenta primeros años de su independencia en estériles tanteos, en ardientes luchas y en disensiones intestinas.

Desde el principio entraron en conflicto en esta sociedad nueva los dos principios que dividen á toda comunidad política: el retrógrado y el progresista.

Hallábase de un lado el clero mexicano, millonario, poseedor de la tercera parte de la riqueza del país. Pensó en servirse de esta fuerza irresistible y, siempre que pudo, compró á los jefes del ejército, á los detentadores de las armas y se

(1) Consúltese, para toda esta parte, la memoria de M. J. E. Schloesing, que, á causa de su extensión, nos hemos visto precisados á insertar al fin del volumen. Apenas damos aquí un ligero extracto, pero aconsejamos vivamente que se lea por completo: es un documento de alta importancia, que tiene el mérito de hacer conocer y comprender admirablemente la cuestión mexicana.

apoderó del poder. De allí el origen y la frecuencia de los pronunciamientos.

En 1856, la mayor parte de la nación trató de sacudir el yugo clerical y de imitar á Francia, en su revolución de 1789. Podía, en efecto, el partido liberal mexicano, llamarse partido francés; se instruía en nuestros libros; buscaba sus instituciones en nuestros códigos; informaba en nuestras costumbres sus costumbres. El partido clerical, por el contrario, no perdonaba á Francia la proclamación de principios que poco á poco dan la vuelta al mundo y turban la tranquila posesión en que se encuentra ese partido de bienes inmensos.

Por fin se promulgó una Constitución el 5 de febrero de 1857. Convencidos los mexicanos de que la substitución del derecho por la fuerza, mediante la práctica de los pronunciamientos, era la causa única de sus guerras civiles, resolvieron extirpar ese vicio de sus costumbres políticas arrebatando al clero las riquezas de que hacía tan mal uso. Vino de allí la desamortización y luego la nacionalización de los bienes eclesiásticos, así como la reforma del ejército.

No se sometió el clero y resistió por los medios que se hallaban á su alcance: peticiones, protestas, rebeliones militares. El general Comonfort, presidente electo por el sufragio universal, no se mostró á la altura de las circunstancias y abandonó la Constitución, de la que emanaba todo su derecho. Especie de centro izquierdo candoroso, creyó sinceramente servir á su país y

preparar la reconciliación de los partidos extremos adoptando el plan de Tacubaya, que aplazaba la aplicación de esta Constitución.

Reconoció su error; pero era ya tarde y dimisionó. El partido clerical se había aprovechado de su debilidad, y el general Zuloaga, pagado por aquél, se había apoderado de México . . .

La dimisión de Comonfort, según las prescripciones de la Constitución de 1857, investía con la presidencia interina á don Benito Juárez, presidente de la Corte Suprema, electo igualmente por el sufragio universal.

Juárez escapó de México y, fuerte en su principio, estableció su gobierno en Querétaro. Se levantó un ejército para defender la Constitución. Soldados desgraciados de una causa justa, sufrieron terribles derrotas en Salamanca, en Ahualulco, en la Estancia. De Querétaro, Juárez debió huir á Guanajuato; de Guanajuato á Guadalajara; de Guadalajara á Colima, de donde debió dirigirse á Manzanillo para embarcarse; atravesó el istmo de Panamá, pasó por la Habana y vino á refugiarse á Veracruz.

A pesar de tales reveses, ninguno de los fieles á la legalidad desertó del servicio de su causa, y el pueblo, tan pronto como pudo manifestar su voluntad, confirmó los poderes de Juárez, que de esa manera llegó á ser presidente definitivo. . . .

¿Qué sucedía mientras tanto en la capital, con el régimen de los pronunciamientos? Primeramente, Zuloaga reúne algunos de sus habitantes

con el nombre de Notables y les encarga que nombren presidente. Naturalmente, Zuloaga resulta electo.

Este acontecimiento se verificó en 1858. Año siguiente, dos de los generales de Zuloaga se pronuncian y desconocen su poder. Sobreviene después un tercero, Miramón, joven de veinticinco á veintiséis años, que, so pretexto de restablecer á Zuloaga, exige de él la apariencia de un retiro voluntario. Nueva asamblea de notables; y naturalmente, Miramón resulta electo. Regreso ofensivo de Zuloaga: Miramón le combate abiertamente entonces. Derrotado éste, da su dimisión, pero pronto cambia de parecer. Tercera asamblea de notables, que le devuelve su título de presidente. Efímero es su éxito: derrotado en Calpulálpam, huye y se apresura á pasar á Europa; donde, según se dice, vino á gozar en paz de sus economías . . .

La diplomacia francesa no permanecía inactiva en medio de estos acontecimientos y es preciso lamentarlo. El ministro de Francia, M. de Gabriac, había tomado gran parte en ellos: él fué el principal instigador de la caída de Comonfort: "Sobre él—como lo dice formalmente la memoria de que hemos tomado esta exposición—recae la responsabilidad de tres años de revoluciones, desde el principio de 1858 hasta el fin de 1860; la de los excesos cometidos por la reacción y la de las represalias de que pueden haber hecho uso los constitucionalistas después de su triunfo."

Cuando M. de Gabriac fué llamado á Francia,

en virtud de las quejas reiteradas de nuestros nacionales, se le dió por sucesor á M. Dubois de Saligny. Elección desgraciada. No por eso debe entenderse que este ministro, nombrado por instigaciones de M. de Morny y encargado particularmente de sostener los intereses de su protector y, por lo tanto, del protegido de su protector, ó sea del banquero Jecker, haya obedecido á móviles de interés personal. Se le ha acusado de ello, pero sin probarlo; y es lo cierto que M. de Saligny no se enriqueció en México. Quiero decir solamente que M. Dubois de Saligny era un hombre de carácter entero, violento y apasionado, que llegaba á México con ideas preconcebidas y que debía continuar, acentuándola, la política nefasta de M. de Gabriac.

Su deber hubiera sido estudiar el país; informarse, en el propio lugar con los residentes franceses, acerca de sus aspiraciones y deseos; y luego, provisto de estos informes, iluminar á su gobierno. Si desde un principio se hubiera entregado á este trabajo, su situación le habria permitido pronto informar al emperador de que le engañaban acerca del verdadero estado de los espíritus en México, así como acerca de las disposiciones de los partidos; hubiera hecho observar la hostilidad del partido clerical hacia Francia, así como la acogida favorable que nos reservaba el partido liberal. Hubiera puesto en guardia á su gobierno contra los decires de los proscritos y, sobre todo, contra sus ilusiones. Hubiera, en una palabra, impedido que Francia pareciera abra-

zar la causa del sistema de pronunciamientos contra el régimen de la legalidad.

No lo hizo, porque no interpretó de esa suerte su misión. Salió de Francia convencido de que el Emperador, la Emperatriz, M. de Morny y todo el gobierno no buscaban sino un pretexto para intervenir militarmente en el país, y todos sus esfuerzos se encaminaron hacia la realización de ese único objeto. La prueba de esa disposición de espíritu en que se hallaba, se encontrará en las palabras que, algunos meses más tarde, dirigió á M. Ernesto Louet, pagador en jefe del cuerpo expedicionario:

— Mi único mérito consiste en haber adivinado que el Emperador tenía intención de intervenir en México y en haber hecho indispensable la intervención.

Con tal convicción, nuestro ministro estaba al asecho de un pretexto cualquiera, al que se pudiese dar apariencia de injuria, para encontrar en él válido motivo de violenta ruptura . . .

Habia llegado á México en el momento en que el presidente Juárez entraba triunfante en la capital (11 de enero de 1861.) Esta toma de posesión de la capital no alejaba en modo alguno las dificultades á que iba á verse expuesto el gobierno mexicano; y la ocasión esperada por nuestro ministro no dejaría de ofrecérsele, en medio de la agitación que seguiría á esos años de crisis y de luchas interiores.

El presidente Juárez, á quien animaban buenas intenciones, señaló su regreso á México por

reformas, de las cuales algunas eran dignas de aprobación y habían sido inspiradas por nuestras leyes: quitó al matrimonio su carácter puramente religioso é hizo de él un contrato también civil; confió á un magistrado especial la redacción de las actas de nacimiento, de matrimonio y de defunción, atribución que antes correspondía sólo al clero; proclamó la tolerancia de todos los cultos, suprimió las órdenes religiosas y confirmó para siempre la nacionalización de los bienes eclesiásticos.

Pero de las dificultades que se oponían al establecimiento de un estado de cosas regularizado, las más graves no se podían resolver por medio de decretos: tales eran las que provenían de la penuria absoluta del tesoro público. Tres años de guerra civil, la anarquía, las depredaciones y el bandidaje habían arruinado al Estado. Juárez trató de conjurar el peligro, firmando, en el mes de marzo de 1861, con M. Dubois de Saligny, una nueva convención que arreglase las indemnizaciones pecuniarias que los residentes franceses reclamaban. Fué en vano: y el 17 de julio, se vió en la precisión de hacer votar por el Congreso una ley que por el término de dos años suspendía todos los pagos estipulados en convenciones celebradas con potencias extranjeras.

Medida grave, verdadera bancarrota, solemne violación de la palabra empeñada é infracción evidente del Derecho de Gentes. Desde el día siguiente, M. Dubois de Saligny, en nombre de Francia, y sir Charles Wyke, en nombre de In-

laterra, rompían sus relaciones con el poder mexicano y avisábanlo á sus gobiernos.

Por muy grave que fuese el voto del Congreso, era difícil, por simple cuestión de intereses, ir más allá de la simple ruptura de relaciones diplomáticas.

A nadie se le podía ocurrir que una nación europea interviniese á mano armada para obligar á un gobierno extranjero al reembolso del dinero prestado por algunos de sus nacionales. Comprendiólo así M. Dubois de Saligny, y debió resignarse á esperar.

No esperó mucho tiempo. Un incidente vulgar le ministró, pocos días después, el deseadisimo pretexto.

El 14 de agosto llegó á México la noticia de una victoria que el ejército del gobierno, á las órdenes de González Ortega, obtuviera sobre la facción de Márquez. Estalló en seguida una manifestación popular; y M. Dubois de Saligny pretendió que, en medio de la efervescencia, de los gritos y del tumulto que acompañaron la manifestación, á eso de las siete de la noche, le habían disparado un tiro desde una terraza vecina y que, á las diez, un grupo de unas doscientas personas, que llevaban antorchas y á las que precedía una banda de música, se había detenido bajo sus ventanas, gritando: "¡Abajo los franceses! . . . ¡Abajo el Ministro de Francia! . . ."

Para apoyar su dicho, presentaba una bala recogida en su terraza. Pero esta bala se había aplastado de una manera irregular y había sufrido

tal cambio en su forma, que era muy creíble que hubiera chocado primero contra la pared del Teatro Nacional, vecino á la Legación, y que de allí hubiera caído sobre la terraza, sin que nadie la dirigiera contra nuestro representante. Este declaraba no haber oído el ruido de la detonación; pero objetaba—es verdad—que el disparo había sido hecho durante el estrépito causado por los repiques y por los cohetes.

El gobierno mexicano comprendió cuál era el alcance de aquel incidente y encargó al Juez de lo Criminal, Mariano Arrieta, que instruyese averiguación. La sentencia, dictada con todas las formas de derecho y después de un examen minucioso de los hechos, lejos de confirmar el dicho de nuestro Ministro, lo aniquiló. Se publicó, lo mismo que las declaraciones de dieciseis testigos en que se apoyaba.

Pero el Gabinete de París, que se hallaba sujeto á las influencias de su agente, consideró aquel pretexto como suficiente para colmar la medida de las quejas acumuladas contra México y se puso en seguida en relaciones con los de Londres y Madrid para negociar una intervención colectiva. Los Estados Unidos fueron invitados á asociarse á ella.

El ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Seward, entrevió en seguida los inconvenientes que podían resultar de tal intervención para los Estados Unidos. Trató de impedirla desde el principio y trabajó en el sentido de arreglar una combinación que, si era quizás ventajosa para México,

lo era indudablemente para su país. Consistía en que los Estados Unidos pagaran, en lugar de México, durante cierto tiempo, las cantidades vencidas y por vencer de las diversas deudas contraídas con ingleses, franceses y españoles, hasta la concurrencia de la suma de cuarenta y cinco millones de francos, para garantizar la cual, el gobierno americano tomaría una hipoteca sobre el dominio público, en las minas de la Baja California y de los Estados fronterizos del Norte: Sonora, Chihuahua y Tamaulipas (14 de octubre de 1861). Esto equivalía, bajo la apariencia de un benévolo concurso, á comprar á bajo precio algunos hermosos territorios: política de mostrador, cuyo triunfo daría el dominio del mundo, no al más fuerte, sino al más rico.

Se entablaron negociaciones sobre esas bases por Mr. Corwin, pero no llegaron á concluirse. El propio senado americano las rechazó y, durante ese tiempo, las tres potencias, que continuaban con sus proyectos de intervención, firmaron en Londres la convención de 31 de octubre, de que ya hemos hablado y por la cual se comprometían á enviar á las costas de México, fuerzas marítimas y terrestres en combinación. . . . “cuyo conjunto deberá ser suficiente para poderse apoderar y ocupar las diferentes fortalezas y posiciones militares de litoral mexicano. . . .”

“Los comandantes de las fuerzas estarán, además, autorizados para realizar las otras operaciones que, en el terreno, consideren como más propias para realizar el objeto que se especifica

en el preámbulo de la presente convención y, sobre todo, para asegurar la seguridad de los residentes extranjeros.”

El artículo 4 provocaba la admisión de los Estados Unidos:

“Deseando, además, las Altas Partes contratantes que las medidas que tienen intención de adoptar no asuman un carácter exclusivista y, sabiendo que el gobierno de los Estados Unidos tiene, por su parte, reclamaciones que hacer valer, como ellas, contra la República Mexicana, convienen en que, luego que se firme esta convención, se comunique una copia de ella al gobierno de los Estados Unidos, en que se invitará á ese gobierno á adherirse....”

Esta comunicación no tuvo el éxito que de ella esperaban las “altas partes contratantes.” Apenas mereció á Mr. Seward una contestación en la que se vislumbraba el primer indicio de una hostilidad tácita, pero profunda:

“Los Estados Unidos tienen vivo interés en que los soberanos que se han comprometido en esta convención, no busquen la manera de obtener un aumento de territorio.... ni quieran ejercer influencia alguna en detrimento del derecho que el pueblo mexicano tiene para escoger y establecer libremente la forma de su gobierno....”

“El Presidente ha decidido, después de maduras reflexiones, que los Estados Unidos no deben recurrir á medidas coercitivas para satisfacer sus reclamos, en un momento en que el gobierno me-

xicano se halla profundamente conmovido por causa de las disensiones internas.”

A pesar de este rechazo que envolvía al propio tiempo una crítica muy neta de sus procedimientos y una amenaza suspendida sobre su intervención, las tres potencias continuaron sus preparativos y no modificaron en nada sus acuerdos.

CAPITULO III

Política de los tres aliados.—Carta de lord John Russell.—Intervención armada.—Ocupación de Veracruz.—Ultimátum de los plenipotenciarios franceses.—Vuelven á México los señores Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y el P. Miranda.—Preliminares de la Soledad (19 de febrero de 1862).—Estado de los ánimos en México.—Envío de refuerzos con el general Lorenz.—Complicaciones.—Carta del general Prim á Napoleón III.—Carta del señor de la Fuente á M. Thouvenel.—Conferencia de 9 de abril.—Ruptura de la triple alianza.

Ni en sus términos, ni en sus previsiones, ni en sus conclusiones era precisa la convención de 31 de octubre de 1861. En suma, no resolvía nada, ni contenía ninguno de los motivos á que obedecía cada una de las tres partes contratantes, como tampoco estipulaba cuales serían los medios de acción que habrían de emplearse, ni cuales las satisfacciones que se procuraría obtener.